

Tales eran los conquistadores de la España. Y se mostraron tan superiores á los vencidos por su cultura como por su heroico valor. La España no ha estado nunca ni más poblada ni más rica que bajo la dominación de los Arabes. Córdoba encerraba un millón de habitantes, 200.000 casas, 600 mezquitas, 50 hospitales, 800 escuelas públicas y 900 baños. Se contaban 12.000 pueblos en las márgenes del Guadalquivir; toda la Andalucía entera no cuenta hoy más que 800 (1) (a). La España vino á ser el órgano por el cual la civilización árabe se comunicó al Occidente.

La ambición de los conquistadores era tan ilimitada como el poder del Dios único que predicaban combatiendo; al decir de los historiadores árabes, el vencedor de la España se proponía llevar el Corán por todo el mundo occidental, yéndose á reunir con sus compañeros en Asia, después de haber destruido el imperio de Constantinopla (2). Ese proyecto gigantesco se estrelló contra el denuevo de los Galo-Francos. Se ha celebrado, y con razón, á Carlos Martel, el martillo de los Sarracenos, como al salvador de la Europa. Una parte de esa gloria pertenece á los Aquitanos, que fueron los primeros que hicieron sufrir una derrota sangrienta á los sectarios de Mahoma (b). La batalla de Poitiers no debe hacernos olvidar la de Tolosa. El jefe árabe dice á sus guerreros: "No temáis á esa muchedumbre; si Dios está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?," Pero la raza musulmana

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre los Arabes de España*, t. II, páginas 82, 83.

(a) Viardot, á cuyo testimonio se refiere Laurent para afirmar hechos progresivos y tesis casi absurdas, no ha escrito historia, sino novela; y así como el dar crédito á los cronistas cristianos cuando hablan de los moros muertos en las batallas es ocasionado á graves equivocaciones de número, el creer á pie juntillas á Viardot y á Lembke sobre las maravillas que encerraba el califato de Córdoba es expuesto á grandísimos errores. La época del califato de Córdoba fué brillante, dada la época, es muy cierto. Pero nada tiene que ver ese destello de luz, como ni el mismo de Bagdad, con el Corán y su doctrina. Las guerras, los triunfos, las conquistas, en que cayeron y acabaron por suavizar, civilizar é ilustrar á los Arabes, que, una vez en posesión de las riquezas del Oriente y de sus tesoros de todo género, los derrocharon entre orgías, larguezas y espectáculos de sangre, actos de ferocidad y de venganza y actos de generosidad y de hidalguía. Si los Orientales, los Persas, los Hebreos, los Egipcios, los Griegos y los Romanos los que los civilizaron y los que les dieron sus luces; y éstas, y no las del Corán, fueron las que produjeron el espectáculo pasajero y luminoso de Bagdad y de Córdoba. Algo se aprovechó de él la España bárbara; no hay por qué negarlo. Pero bárbara y todo, progredió con el Evangelio por labaro, mientras que los Arabes retrocedieron y sucumbieron con el Corán por enseña. — (Nota del Traductor.)

(2) CARDONNE, *Hist. de los Arabes*, t. I, p. 95, 96.

(b) Ni la de Covadonga, ni otras ciento anteriores y posteriores á la de Poitiers, que no ganó sólo Carlos Martel. — (N. del T.)

se encontraba en presencia de una fe no menos viva y de un valor no menos grande. Los escritores árabes colocan el día de la derrota de Tolosa entre los días nefastos del islam; quince siglos después era todavía asunto de una conmemoración solemne. Todos los jefes perecieron; y si se cree á un historiador, no escapó ni un solo hombre (1).

Los Arabes reunieron todas sus fuerzas para vengar la sangre de sus mártires, y encontraron en las llanuras de Poitiers á Carlos Martel con sus Francos. Oigamos la relación que los cronistas hacen de aquella batalla, que es uno de los grandes hechos de la historia: "Los Francos estaban en fila como una pared inmóvil, como un muro de hielo, contra el cual venían los Arabes armados á estrellarse sin hacer en él impresión alguna; avanzaban y retrocedían con rapidez; pero los Germanos, robustos y valerosos, segaban á los musulmanes con su mano de hierro," (2). Todos los historiadores saludan la victoria de Poitiers como uno de esos acontecimientos que deciden la suerte de la humanidad. "La Europa, dice Sismondi, debe aun hoy mismo su existencia, su religión, su libertad, á Carlos, el martillo de los Sarracenos," (3). Aunque nosotros no partipamos del soberbio desprecio que los escritores cristianos afectan por la barbarie musulmana, nos unimos á ellos para glorificar al vencedor de los Arabes. La Iglesia ha sido ingrata con el héroe que salvó la cristiandad; la leyenda le relegó á los infiernos porque entregó los bienes eclesiásticos á sus guerreros; la historia, más justa, le coloca entre los grandes hombres de la Edad Media. Carlos Martel decidió la lucha de las dos razas y de las dos religiones; la batalla de Poitiers dividió el mundo entre el Corán y el Evangelio: al uno el Oriente, al otro el Occidente.

Después de la batalla de Poitiers, la lucha de los Arabes con la cristiandad ya no tiene importancia; las hostilidades degeneran en vandalismo y piratería, las conquistas cesan (a). Gibón dice

(1) FAURIEL, *Hist. de la Galla meridional*, t. III, p. 77-80.

(2) *Chron. Isidori, Episcopi Pacensis*, ad a. 73 (BOUQUET, tomo II, p. 721). RODERICI TOLETANI, *Hist. Arabum*, c. 14 (*Ibid.*, nota).

(3) SISMONDI, *Hist. de la decadencia del imperio romano* c. 15. — J. MÜLLER, *Hist. árabe*, XII, 67. — GIBBON, c. 51.

(a) Á la vista de semejante aserto, lo mejor que podemos decir es que Mr. Laurent no conoce bien la *Historia de España*. De lo contrario, sabría que algo más eficaz y más gloriosa que la batalla de Poitiers fué la lucha de siete siglos que España sola sostuvo contra todo el poder del islam. Y no lo demostramos, porque es axiomático en historia. — (N. del T.)

que la doctrina demasiado razonable del islam sobre la unidad de Dios es la única causa que ha impedido sus progresos. Digamos mejor que Dios detuvo á los Arabes con el brazo de Carlos Martel, porque el Corán se puso en contacto con una doctrina religiosa que, no obstante el elemento sobrenatural que á ella se mezcla, es superior al dogma mahometano.

§ III.—Derecho de gentes.

N.º 1.—Los conquistadores.

Un escritor cristiano compara la conquista árabe á uno de esos cataclismos físicos, como los huracanes y los incendios, que asolan sin dejar ningún germen de porvenir; á creerlos, la invasión de los pueblos del Norte fué pacífica si se compara á la inmigración de los Bárbaros del Mediodía (1). La verdad es que los Bárbaros del Norte fueron instrumentos ciegos en la mano de Dios para destruir una civilización decrepita y podrida; ellos mismos se llamaban el azote de Dios. Los Arabes fueron misioneros armados de una religión nueva que tenían conciencia de su misión; y lo que les llevó de conquista en conquista no fué el furor de la destrucción (a), no fué la ambición vulgar del conquistador, sino la voz del profeta, que les excitaba á difundir el islam por el Oriente y el Occidente. Bárbaros semisalvajes, los pueblos del Norte comenzaron por arruinar lo que quedaba de cultura intelectual, hasta el punto de que los siglos en que dominaron se han llamado la noche de la Edad Media, teniendo que recibir de los vencidos su cultura, su religión, sus leyes y su mismo idioma. Los Arabes no eran ya Bárbaros cuando se lanzaron á la conquista del mundo; existían entre ellos gérmenes de civilización que se desarrollaron con una rapidez y un brillo tan maravilloso como sus victorias, y su civilización la llevaron á los pueblos vencidos (2). Los

(1) CANTU (t. VIII, p. 478) ha tomado de J. SCHLEGEL la comparación con una colonia pacífica de la invasión de los Bárbaros (*Filosofía de la Historia*, lec. XII).

(a) No hay más que ver las luchas intestinas y las rivalidades y las discordias que entre ellos surgieron el día después de la victoria. En España mismo, Arabes, Sirios y Bereberes se despedazaron por causa del botín. El autor se olvida de lo que el mismo ha tenido que confesar: que sin duda el botín y los apetitos materiales impulsaban á más de un Árabe. Pero arabiza demasiado. — (N. del T.)

(2) HERDER, *Ideas, etc.*, XIX, 5. "Bienhechores de los pueblos que habían conquistado, ya por sus descubrimientos, ya por medio de las ideas que iban esparciendo, su influencia se hizo sentir á largas distancias en todo el sistema del mundo civilizado."

Bárbaros del Mediodía, á quien se acusa de haberlo destruido todo, fueron los que avivaron el sagrado fuego de la ciencia y de la filosofía en Europa.

Voltaire dice que "los Arabes eran un pueblo de bandidos; que robaban antes de Mahoma adorando á las estrellas, y que robaban con Mahoma en nombre de Dios." Verdad es que los Arabes del desierto son nómadas y ladrones; la naturaleza, digámoslo así, les ha hecho tales. La Arabia está cubierta, en parte, de montañas áridas y de arenales en los que se encuentran pequeños oasis, y los Arabes viven bajo su tienda, por lo general de la rapiña, para suplir á lo que el suelo les niega. Ellos justifican sus merodeos diciendo que, en la repartición de la tierra, las otras ramas de la familia humana han obtenido climas ricos y bellos, mientras que al infortunado Ismael le cupo en suerte un país de desiertos, y que su posteridad tiene el derecho de recabar por el artificio y la violencia la porción de herencia de que injustamente ha sido privada (1). Pero esos bandidos del desierto son al mismo tiempo el pueblo más hospitalario del mundo: el extranjero que pone el pie en sus tiendas se convierte en un ser sagrado. Diríase que el Árabe siente la debilidad del hombre cuando lucha con la inmensidad del desierto y con los terrores de la naturaleza, y que el instinto de la humanidad le inclina á ser compasivo con el desgraciado caminante, para guiar al cual y mostrarle el camino de la tienda hospitalaria suelen encender hogueras en la cumbre de las montañas. Entre dos tribus de una misma familia estalló una guerra á muerte por la del camello de un huésped cuya sangre pedía expiación (2). Un pueblo que practica la hospitalidad con esa previsión y ese entusiasmo no es un pueblo de ladrones. El sentimiento de la humanidad, esa flor de la civilización que se había desarrollado entre ellos, produjo actos admirables de delicadeza. El mismo Voltaire ha celebrado las luchas de generosa amistad que ilustran los anales de los habitantes del desierto (3). Referiremos algunos rasgos poco conocidos de un Árabe que es, por decirlo así, el ideal de su raza.

Hátim, como todos los héroes árabes, era á

(1) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*.

(2) FULGENCIO FRESNEL, *Cartas sobre la historia de los Arabes antes del islamismo*, I, 27, 16, 20.

(3) VOLTAIRE, *Diccionario Filosófico*, en la voz Arabes.

la vez guerrero y poeta, y canta sus sentimientos en una *cávida*: "Cuando pobre, no pido nada á nadie; cuando rico, invito á los demás á compartir mis riquezas... Otros son esclavos de sus tesoros; yo, gracias á Dios, dispongo como señor de mis bienes; rescato cautivos, hospedo á los viajeros, derramo beneficios en mi alrededor." *Hátim* se había impuesto el deber de no negar nunca lo que se le pidiera, y en una ocasión en que perseguía á un enemigo fugitivo, éste gritó: *Hátim*, dame tu lanza, y *Hátim* le dió su arma y dejó de perseguirle. Y como sus amigos le censurasen su imprudencia: "Si el fugitivo hubiera vuelto á la carga, te hubieras visto desarmado y expuesto á sus golpes.—¿Qué queréis? respondió *Hátim*, me pedían un favor... y yo no he dicho jamás á un hombre que me implora: No tengo que darte. Cuando mi alma revolotee por el desierto y mi cuerpo repose en la tumba, ¿me sentiré privado de lo que haya repartido? ¿Gozaré yo de aquello de que haya sido avaro?" *Hátim* pasaba un día por el país de los Hamza; un desgraciado que se encontraba prisionero le suplicó que tuviera piedad de su miseria. *Hátim* respondió: "Al presente no llevo nada con que pagar el rescate de tu cautiverio; pero no habrás recurrido en vano á mí." En seguida se fué á negociar con los Hamza, comprometiéndose á darles cierto número de camellos por el rescate del prisionero, y después se fué á poner en su lugar, mientras que aquellos llegaban. *Hátim*, tan célebre por su bravura como por su generosidad, había jurado no matar á ningún hombre, y siempre perdonó la vida de aquellos contra quienes combatía, y dió siempre la libertad [á sus prisioneros sin rescate. Citaremos aún otro rasgo de caridad, hartamente admirable para no ser referido. La tribu de *Hátim* sufrió duramente un año, por escasez de víveres, una miseria horrosa. Una noche, el Árabe y su compañera, después de haber pasado el día sin comer, habían conseguido hacer olvidar el hambre á sus hijos y dormirles contándoles historias. En esto llega una vecina exclamando que sus hijos no tienen nada que comer y que los ha dejado aullando como lobeznos, é implora la compasión de *Hátim*; éste se levanta, degüella su caballo *Djiulad*, le hace pedazos y enciende fuego para asarles. "Come, dice en seguida á su vecina, y da de comer á tus hijos. Despierta á los nuestros, añade dirigiéndose á su mujer, y saciad todos vuestro apetito." Y á pocos instantes

vuelve á decir: "Sería una vergüenza que sólo vosotros comierais, mientras que tienen hambre todas las gentes del campo,"; y corre de tienda en tienda, invitando á todo el mundo á que participe del banquete, al cual ni uno solo dejó de concurrir. En cuanto á *Hátim*, envuelto en su capa y oculto en un rincón, miró comer á todos sin probar un solo bocado (1).

La hospitalidad y la generosidad continuaron siendo las virtudes de los Arabes, hasta en medio de los furiosos de sus guerras civiles. Los Abasidas persiguieron á los Omniadas con un encarnizamiento y una crueldad feroces. Ibrahim, uno de los príncipes de la familia omniada, se refugió en el patio de una gran casa que encontró abierta. Un joven le recibió y le dió asilo sin preguntarle una palabra. Ibrahim veía todos los días á su huésped que entraba y salía, armado de todas armas, y uno de ellos se atrevió á preguntarle el motivo de sus excursiones; entonces el joven le respondió: "Ibrahim ha dado muerte á mi padre; y sabiendo yo que se ve obligado á esconderse, le busco á todas horas para saciar en su sangre mi venganza." El desgraciado príncipe dijo á su huésped: "Aquí tienes á Ibrahim, al homicida de tu padre; castigale por el crimen." El joven mudó de semblante; y llenos los ojos de lágrimas, dijo á Ibrahim: "Tú irás un día á encontrarte con mi padre en presencia de un juez equitativo y justo; yo no faltaré á la palabra que te he dado, pero como podría suceder que no fuese siempre dueño de mis actos, vé á buscar un asilo allí donde tu presencia no recuerde sucesos desgarradores." Y le ofreció una bolsa con mil piezas de oro. Ibrahim rehusó el donativo y se alejó silencioso (2).

Otro rasgo de la raza árabe es su pasión por la poesía. Aquellos hombres en continua guerra y que no se encontraban más que para batirse, tenían reuniones anuales en que los héroes venían á cantar sus hazañas y la gloria de su tribu. Durante aquellas asambleas había tregua de hostilidades, y no se verificaban más combates que los de los poetas, cuyos triunfos se recompensaban copiando sus

(1) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. II, p. 610 y sig. En el mismo autor, t. II, p. 633-610, se halla el rasgo de generosidad de un guerrero árabe para con un ladrón que por casualidad había comido de su pan.

(2) QUATREMERRE, *Memorias sobre los asilos entre los Arabes*; véanse las *Memorias del Instituto de Inscripciones y Bellas letras*, tomo XV, p. 314-346.

poemas en letras de oro y llevándolos al templo de la Caba. Y aquellos combates eran, al mismo tiempo, escuelas de virtud, porque la poesía cantaba grandes y nobles acciones, el valor, la generosidad y la hospitalidad. Verdad es que la violencia y el vandalismo se consideraban también como virtudes cuando de ellas eran objeto los extranjeros; el heroísmo del Árabe se parece mucho al de los caballeros de la Edad Media, mezcla de delicadeza y de barbarie. Los guerreros poetas eran los hombres más considerados de su tribu: eran los reyes, por decirlo así, y se les llamaba para transigir las contiendas y cortar las guerras. La poesía ejercía tanto influjo sobre aquellas almas de fuego, que se vieron hombres muy perseverantes convertirse al islamismo, encantados por la armonía de los versículos del Corán (1).

¿Son estos rasgos de una raza más bárbara que los Bárbaros del Norte? ¿No recuerdan más bien los Arabes á los Helenos, que, como ellos, tenían sus luchas poéticas, durante las cuales cesaban los combates, y que, como ellos, llamaban á los poetas para que fueran los árbitros en sus contiendas? Esos gérmenes de cultura y de humanidad se desarrollaron entre los Arabes, como entre los Griegos, por la guerra y la conquista. La inspiración de los Arabes, aunque menos poderosa que la de los Helenos, dió la primacía á los sectarios de Mahoma durante el primer período de la Edad Media, en que brillaron en ciencias y en artes, mientras que las tinieblas de la ignorancia envolvían el mundo cristiano. Durante los siglos IX y X, el Asia, el Africa y la España eran los centros de la civilización; ciudades que nosotros llamamos bárbaras tenían universidades célebres, y un califa impuso como tributo al emperador griego la entrega de manuscritos en vez de oro. "Muchos de los príncipes que habitaron los encantados palacios de Bagdad durante un largo período emplearon la más exquisita diligencia en estimular á los doctos y á los poetas, en formar grandes bibliotecas y en hacer traducir ó componer obras. Ni León X ni Luis XIV protegieron las letras con más predilección ni magnificencia." (2). "Los príncipes se ponían á los pies de los sabios para aprender la ciencia, y

el imperio entero parecía una inmensa academia en la cual todos eran ó maestros ó discípulos, comunicando ó recibiendo el fruto del saber," (1).

No queremos idealizar la raza árabe. El movimiento intelectual fué pasajero, porque le faltaba fuerza é iniciativa. En la filosofía, los Arabes se limitaron á traducir y comentar á Aristóteles; les faltaba el espíritu creador; no tenían el genio de la libertad, y sin libertad no hay ciencia, política ni historia. Su misma poesía es un sonoro juego de palabras, una armonía de versos, más bien que un acento que sale del alma. No han mostrado espíritu inventivo más que en las ciencias (2). Pero para apreciar la misión civilizadora de los conquistadores árabes no hay que comparar su cultura intelectual con la nuestra, hay que investigar lo que nosotros les debemos: los Arabes fueron la primera luz que iluminó la Edad Media (3).

Admiremos las vías de la Providencia. Para que la humanidad alcance el fin de sus destinos, se necesita que los progresos realizados por una generación aprovechen al porvenir, y la continuidad del progreso descansa en el vínculo que encadena á las edades sucesivas. La civilización moderna tiene sus raíces en la antigüedad, y procede de la Grecia. Eso no obstante, la invasión de los Bárbaros amenazó separar la Europa de las fuentes de la civilización; los tesoros de la literatura helénica parecían perdidos para el Occidente. Pero hé aquí que Dios suscita en los desiertos de la Arabia un profeta que lanza á sus sectarios por el mundo entero, que llevan consigo los monumentos de la sabiduría griega, traducidos en el idioma del Corán. Muchos siglos antes que la toma de Constantinopla difundiese por Europa el conocimiento del idioma de Platón, comunicaron los Arabes al Occidente las obras de los filósofos y de los matemáticos de la Grecia; aquellas traducciones fueron la chispa que encendió la filosofía de la Edad Media, primera manifestación de la libertad de pensar (4).

La España es la intermediaria de la civilización árabe para con el Occidente; allí vinieron los hom-

(1) MACAULAY, en la *Revista de Edinburgo*, Enero de 1821.

(2) Nosotros debemos á los Arabes la base de nuestros conocimientos matemáticos. El *álgebra* lleva en su mismo nombre la marca de su origen oriental.

(3) «Los Arabes dispararon en parte la barbarie que desde dos siglos antes había cubierto á la Europa conmovida por la invasión de los Bárbaros.» HUMBOLDT, *Cosmos*, t. II, p. 247.

(4) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, tomo II, p. 170-172.

(1) WEIL, *Mahoma*.

(2) VILLEMMAIN, *Hist. de la literatura francesa en la Edad Media*, lec. IV.

bres ávidos de saber durante la Edad Media (1). Gerberto (que llegó á ser papa bajo el nombre de Silvestre), después de haber recorrido las escuelas de Francia sin poder saciar su sed de saber, fué á beber á España los conocimientos físicos que produjeron tal admiración, que llegó á acusarse al futuro papa de haber vendido su alma al diablo para adquirir una ciencia tan maravillosa. También fué en las escuelas de los Árabes donde los Judíos estudiaron la medicina, que después ejercieron en todos los países de Europa; y la escuela de Salerno, tan célebre en la historia de las ciencias médicas, debe su origen á los Árabes. La influencia de éstos no fué menos eficaz en el terreno de las artes. Durante la Edad Media y hasta la época del Renacimiento, todos los monumentos del Mediodía de la Europa se construyeron á imitación de los Árabes ó por artistas de esa nación: la iglesia de Nuestra Señora de París es una inspiración de su genio (2). Los romances españoles fueron inspirados por la poesía de los Árabes, los cuales ejercieron una acción directa en las *trovas* provenzales (3), siendo no menos cierto que la poesía moderna les debe el carácter distintivo de sus versos, la rima (4).

Casi todos los establecimientos científicos que distinguen la cultura europea deben su origen á los Árabes: ellos fundaron los primeros colegios; el del Cairo era tan vasto, que en una sublevación sirvió de fortaleza al ejército de los rebeldes. En la España musulmana, todas las ciudades tenían su colegio. Los primeros observatorios astronómicos fueron erigidos por los hijos del desierto, y el de Bagdad se levantaba en el mismo palacio del califa. En el siglo IX, Al-Mamun hizo medir un grado del meridiano para calcular la magnitud de la tierra (5). Las academias deben su origen al amor de los Árabes por la ciencia (6). Se conoce la riqueza

(1) El monje CESÁREO DE HEISTERBACH (siglo XIII) dice: (*de Miraculis*, v. 4): «Plures ex diversis regionibus scholares in eadem civitate (Toleti) studebant in arte necromantica.»

(2) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Árabes en España*, tomo II, p. 173, 179.

(3) *Trova*, tirada de versos, de donde *trovador* quiere decir compositor ó cantor de versos (VIARDOT, II, 184-190).—FAURIEL admite la influencia de los Árabes en su erudita é ingeniosa *Hist. de la poesía provenzal* (t. II, p. 280 y siguientes).

(4) MURATORI, *Antiquitat. Italic.*, t. III, p. 705, *de Origine italicæ pæseos*.

(5) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Árabes en España*, tomo II, p. 163, 136.

(6) Un filósofo fué el que fundó á últimos del siglo IV de la Hégira, una de las primeras academias de la Edad Media, SAID-

de sus bibliotecas; setenta contaba solamente la España. El califa Alhakem confió la dirección de la de Córdoba á su propio hermano, como el primer puesto del imperio; el catálogo sólo de aquella biblioteca verdaderamente real formaba cuarenta y cuatro volúmenes de cincuenta hojas cada uno. Cuatro siglos más tarde reunía con mucho trabajo Carlos el Sabio una colección de 900 volúmenes (1).

Los Árabes no se distinguían menos por la dulzura de sus costumbres que por su cultura intelectual. La delicadeza de las relaciones sociales procedía entre ellos de los extremados miramientos impuestos á los dos sexos y del espíritu cultivado de las mujeres, al menos en lo que á España se refiere. En todas las relaciones de familia y de sociedad mostraban los Árabes una severidad excesiva: «Estas gentes, decían ellos hablando de los Españoles, tienen bravura, pero viven como bestias salvajes; entran los unos en las casas de los otros sin pedir permiso; no lavan sus cuerpos ni siquiera sus vestidos, de los que no se desnudan sino cuando se les caen á pedazos», (2). El espíritu caballeresco reinaba entre los guerreros árabes, hasta el punto de que se les ha creído autores de la caballería feudal (3). En España un padre mató á su hijo por verle retroceder ante el enemigo, aun cuando éste era muy superior. Todo el Árabe que huía cuando el enemigo no era dos veces mayor era notado de infame. En medio de esto, no era el valor la primera y la única virtud de un caballero árabe: se exigían de él, antes que todo, cualidades del corazón y del espíritu, la bondad, la poesía y la elocuencia (4).

Tales eran los conquistadores árabes. ¿Merecen, por ventura, que se les compare á las hordas salvajes salidas de las estepas del Asia, que no de-

IBN RIZHA. El islamismo estaba en decadencia; el filósofo árabe decía que era necesario realzarle por medio de la filosofía, y afirmaba que el islamismo no alcanzaría su perfección más que con la unión de la filosofía griega y de la teología (RITTER, *Geografía*, t. X, p. 178).

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Árabes*, tomo II, página 165.

(2) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Árabes*, tomo II, página 191.

(3) FAURIEL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. III, c. 41) dice que no puede dudarse de que la caballería religiosa de los Árabes dió la idea y el modelo para la de los cristianos. Y hace más: atribuye á esa misma influencia el tinte caballeresco y el elemento erótico que caracterizó á los caballeros cristianos de la Edad Media.

(4) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Árabes*, tomo II, página 193.

jaron otra huella á su paso más que pirámides de cabezas humanas? (a). Los escritores cristianos colocan á los Bárbaros del Norte muy por bajo de los Árabes. Verdad es que la civilización árabe ha sido muy efímera; de ella no quedan más que ruinas, mientras que la civilización germánica está llena de vida. ¿Cuál es la causa de esa diferencia? Acusamos á los Árabes de una barbarie que es la de sus vencedores; ¿qué hubiera sido de la Europa cristiana si el siglo IX hubiera sucumbido ante el poder de los Eslavos y de los Húngaros? En España, los Árabes fueron despojados por una raza africana; y vencidos en Asia por una raza oriental, se retiraron á sus desiertos, dejando á un pueblo tártaro la herencia de Bagdad. No tenían esa fuerza de asimilación que funda las conquistas durables y las civilizaciones progresivas. Los Germanos recibieron su cultura de los vencidos; se unieron á ellos, y de esa fusión nació una civilización superior á la de la antigüedad. Los Árabes comunicaron su civilización á los vencidos, pero sin mezclarse con ellos; permanecieron estacionarios, y cedieron ante el primer choque que sufrieron de las poblaciones nómadas de la alta Asia. Los hijos del desierto brillan como un meteoro en la noche de la Edad Media, y como un meteoro desaparecen.

N.º 2.—Derecho de guerra.

La conquista de los Árabes no fué inspirada por la ambición como las guerras de los Griegos y los Romanos, ni fué una inmigración de pueblos como la invasión de los Bárbaros del Norte; fué una propaganda armada. Y como las pasiones religiosas no conocen la humanidad, la terrible ley de

(a) La pintura es lisonjera como hecha de mano amiga, y no diremos que no tenga su poco de parecido si se escogen unos cuantos personajes y determinados y cortos períodos para aplicársela. Pero si nuestro intento fuese el ofrecer aquí *le pendant*, ¿qué contraste no podríamos presentar con la descripción de los horrores antecivilizadores de aquella avalancha de feroces Beduínos que invadieron la Persia, el Egipto, y que, extendidos por el África y apoyados por los inlombables Sarracenos, se repartieron después la España? Ya hemos dicho que los destellos de luz que irradiaron durante algún tiempo de Bagdad y de Córdoba fueron como fuegos fatuos; y sucedió así por la sencilla razón de que no procedían de una civilización virgen, nueva, vigorosa y encarnada en un verdadero cuerpo de nación, sino que eran fruto de cenizas un momento reavivadas por hombres especiales, en momentos de una fuerza erosiva, pero accidental y circunstancial. Por eso la civilización árabe, si ese nombre quiere dársele graciosamente, no ha tenido ni más intención ni más extensión que la que aquí mismo indica Mr. Laurent, y desapareció de la haz de la tierra como un meteoro.—(N. del T.)

la exterminación, promulgada por Moisés contra los habitantes de la Palestina, ha sido siempre la ley de aquellos que creían combatir por la causa de Dios. Mahoma también declaró una guerra á muerte, pero solamente á los idólatras: «Matadles donde quiera que los encontréis; la tentación á la idolatría es peor que la carnicería de la guerra.,, No se les fué concedida ninguna tregua, ningún tributo puede serles aceptado (1).

Esa ley de sangre no fué observada más que en los primeros tiempos del islam, cuando existía una lucha á muerte entre la idolatría y la religión nueva; pero desde que los Árabes se hicieron conquistadores, su derecho de guerra se humanizó. Daban á sus enemigos la elección entre estas tres condiciones: si abrazaban el mahometismo, tomaban lugar en la sociedad musulmana y gozaban de todos los privilegios de los creyentes; si rehusaban convertirse, debían someterse al tributo, y entonces conservaban su religión; y si querían probar la suerte de las batallas, las mujeres y los hijos quedaban cautivos, y los hombres en estado de tomar las armas podían ser sacrificados (2). La dura ley de la servidumbre caía sobre el vencido entre las naciones más civilizadas de la antigüedad: los cristianos la practicaban aún cuando Mahoma predicó su religión. Pero ningún pueblo tuvo una ley tan humana para con la mujer cautiva como el pueblo de Mahoma. Al pasar éste, dice su biógrafo (3), por el sitio en que se separaban á los hijos de las madres, oyó un día los gritos lastimosos de éstas y los llantos de los pobres niños; y cuando supo la causa, dijo: «No vendáis á los hijos sino juntamente con sus madres,, (a).

Los adversarios mismos del islam convienen en

(1) *Corán*, II, 187, 189, 190; IX, 5.—RELAND, *Disert.*, tomo III, página 14.

(2) SOLVET, *Derecho mahometano sobre la guerra con los infieles*, traducido del árabe al francés (1829), p. 14 y sig., 19.

(3) GAGNIER, *Vida de Mahoma*, t. II, p. 208.

(a) ¿No le ha llamado la atención á Mr. Laurent ese humanitarismo accidental, esa moral casuística y al pormenor de Mahoma? ¿No ha reparado que, en vez de principios, sienta reglas y que éstas son hijas de las circunstancias del momento más bien que de un pensamiento preconcebido ó de un sistema armónico bien combinado? Derrotado en un combate, su gente se desalienta y se inicia una rebelión ó una desbandada; y entonces acude al recurso funestísimo de engañar á su gente predicando ó enseñando la pederestación. Presencia por casualidad la venta de sus esclavos, y afectado entonces por sus horrores, se acuerda de aplicar un ligero paliativo, menos que paliativo, una confirmación de la iniquidad. ¿Y es ese el profeta y el taumaturgo que Mr. Laurent cree digno de ser comparado al Cristo? Eso no puede ser formal.—(N. del T.)

que el derecho de guerra de Mahoma es conforme á la justicia y á la humanidad (1). Se conservan las instrucciones dadas por el primer califa á sus tenientes cuando el fanatismo religioso se hallaba en todo su fervor; que se comparen con el derecho de guerra de los Germanos, cuya invasión se llama pacífica al lado de la de los Arabes: "Pelead brava y lealmente; no uséis de perfidia con los enemigos; no mutiléis á los vencidos; no matéis á los viejos, ni á los niños ni á las mujeres; no destruyáis las palmeras ni queméis las cosechas; no cortéis los árboles frutales ni degolléis el ganado, á excepción de lo que sea necesario para vuestro sustento," (2). Sin duda no siempre fueron observadas aquellas instrucciones: el genio salvaje del Arabe del desierto, unido á las malas pasiones del creyente, produjo una mezcla singular de heroísmo y de crueldad. Khalid, *la espada de Dios*, que era el tipo de aquellos héroes, se bañó más de una vez en la sangre de los prisioneros de guerra (3). Después de la toma de Alejandria, Amru, el vencedor del Egipto, escribió á Omar estas siniestras palabras: "Sometida la ciudad por la fuerza de las armas, no ha obtenido capitulación ni gracia; los musulmanes están impacientes por gozar de los frutos de su victoria." El califa no escuchó aquella proposición amenazadora que iba á arruinar la ciudad más comercial del mundo, y aseguró la vida, la propiedad y la libertad á sus habitantes. Algunas aldeas habían tomado partido por los Griegos, y Omar prohibió tratar á los vencidos como cautivos y les otorgó los mismos derechos que á los Coptos (4).

En Oriente, el espíritu generoso de la raza árabe fué ahogado por la mezcla de pueblos asiáticos, que en todos tiempos han usado del derecho de guerra más cruel. Los Griegos mismos no se habían humanizado en proporción de su cultura intelectual; y en su decadencia, no les quedaba más que la barbarie. Su contacto fué funesto á los Arabes. El emperador Teófilo tomó la ciudad de Sozopetra; y el califa, que había nacido en ella, soli-

(1) DE SACY, en el *Journal des Savants* (1826), p. 547.

(2) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 343: «Conviene á los musulmanes no hacer traición á la fe jurada, no emplear el fraude, no mutilar á los prisioneros, no matar á la mujer, al viejo decrepito ni al niño, ni al ciego, ni al cojo...»

(3) En una batalla contra los Persas, Khalid hizo el voto de que si Dios le concedía la victoria, no perdonaría ningún enemigo, y que degollaría á todos los infieles, hasta que el río se tiñese de sangre. Y cumplió tan bárbaro voto. (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 33).

(4) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 115.

citó el perdón de sus habitantes; el príncipe griego respondió á aquella súplica arrasando la ciudad y mutilando ó marcando de una manera ignominiosa á los Sirios cautivos. El califa tomó represalias terribles; se apoderó de la ciudad de Anconium, patria de Teófilo, y 30.000 prisioneros fueron tratados como viles criminales (1).

Entre tanto, el carácter nacional se manifestaba siempre entre los hombres de primera talla. Mahmud, el conquistador de la India, ejecutó actos de justicia y de generosidad que honrarían á un guerrero cristiano. Hallábase un día en su tribunal, y un Indo vino á acusar á un soldado turco de que le había arrojado de su casa y de su cama: "No grites más, dijo el sultán; y cuando el culpable vuelva á tu casa, ven á decírmelo, y yo mismo iré á juzgarle y á castigarle." Mahmud siguió á su guía, ordenó sus guardias alrededor de la casa, y haciendo apagar las luces, pronunció la sentencia de muerte del que acababa de ser cogido infraganti del crimen de robo y adulterio. Después de la ejecución de la sentencia, el sultán mandó encender luces, se puso de rodillas, y cuando hubo acabado su plegaria, comió con la voracidad del hambre manjares ordinarios. Y como el Indo expresara su admiración: "Tenía motivo para temer, dijo Mahmud, que fuesen mis hijos los únicos que se atreviesen á cometer semejante atentado, y por eso apagué las luces, á fin de que mi justicia fuera inflexible. Cuando descubrí al culpable, di gracias al cielo en mis oraciones; pero ha sido tal mi inquietud desde que oí tus quejas, que he pasado tres días sin tomar alimento," (2) (a).

Mahmud hacia la guerra á los Buidas, soberanos de la Persia occidental, cuyo jefe era menor de edad, y la sultana madre escribió á Mahmud: "Mientras que ha vivido mi esposo he temido tu ambición: era un guerrero digno de tu valor; ya no existe, su cetro ha pasado á una mujer y á un niño: no creo que quieras combatir contra la infancia y la debilidad. Tu victoria no tendría nada de gloriosa, y ¡cuán humillante sería tu derrota! Porque

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 52.

(2) D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra Mahmoud.

(a) Ese y otros hechos citados por el autor vienen á confirmar lo que dejamos dicho acerca de la decantada cultura y humanidad de los Musulimes: las masas feroces, semisalvajes, estimuladas por el botín y por las pasiones más carnales; algunos jefes, hombres de talento ó de genio, brillando como una excepción, pero pasando sin crear ni fundar nada durable.—(Nota del Traductor.)

después de todo, el Omnipotente dispone de la victoria." Esa carta desarmó al conquistador (1).

En España fué donde la raza árabe desarrolló principalmente los instintos generosos de que la naturaleza le había dotado. Los Bárbaros del Norte, los Arabes y los cristianos se encontraron en el territorio de la Península; entre los conquistadores, son los hijos del desierto los que brillan por su humanidad (2). Un historiador francés dice que la conquista de los pueblos del Mediodía, bien al contrario que la de los pueblos del Norte, se hizo sin devastaciones y sin efusión de sangre, como una simple toma de posesión. En los reglamentos militares de un príncipe árabe se lee: "Se prohíbe á las gentes de guerra matar las mujeres, los niños, los viejos, los enfermos y los religiosos, á menos que estén armados ó que ayuden al enemigo," (3). Los cronistas refieren rasgos de generosidad que no se encuentran de ordinario más que en los romances (a). En 1139, el wali de Córdoba, queriendo obligar á Alfonso VIII á levantar el sitio del fuerte de Oreja, vino á marchas forzadas hasta las puertas de Toledo, donde la reina Berenguela se encontraba sin medios de resistencia. La altiva Española envió un heraldo al general moro para hacerle presente que, si había venido á combatir á los cristianos, debía buscarlos bajo los muros de Oreja, donde su esposo le esperaba, y que no era digno de un caballero hacer la guerra á una mujer. El Almoravide se disculpó de su equivocación, y pidió como un obsequio el permiso para saludar á la reina antes de su partida. Berenguela se presentó en las murallas, rodeada de su corte, y los caballeros árabes desfilaron ante ella, como si fuera en un torneo. Entre tanto Alfonso hacía capitular á la guarnición de Oreja (4).

La comparación de los Arabes con los conquistadores del siglo XV no hace honor á los cristianos. La Europa se hallaba en el comienzo de una nueva edad de civilización y de progreso, y, sin embargo, los vencedores de los Moros se condujeron,

no como bárbaros, sino como salvajes. Todavía se reprocha á los Arabes el haber destruido la biblioteca de Alejandria, lo cual se presta á muy bellas frases sobre la ignorancia y el fanatismo de los musulmanes; sólo que falta una cosa á esos trozos de poesía, la verdad: el hecho imputado á Omar es falso (1). Por el contrario, hé aquí hechos auténticos: Después de la toma de Granada (1492), de todos los rincones de la España se llevaron allí libros árabes para hacer un magnífico auto de fe: ¡en un solo día devoraron las llamas 1.005.000 volúmenes! (a). Bastaba que un libro tuviese letras árabes para que fuese condenado al fuego (2). Se sabe cuál fué la suerte de los desgraciados vencidos; con desprecio de los tratados más formales, los vencedores los exterminaron ó los expulsaron del suelo de España, y el destierro fué para la mayor parte una sentencia de muerte.

N.º 3.—Condición de los vencidos.

La conquista árabe fué más humana para los vencidos que las invasiones germánicas. Sin embargo, la dureza de los Bárbaros del Norte fué, en definitiva, más beneficiosa que la dulzura de los hombres del Mediodía. Los Germanos despojaron á los Romanos sistemáticamente unas veces y caprichosamente otras; una aristocracia surgió de la conquista, desaparecieron los hombres libres; de modo que en el siglo X casi toda la población era sierva. Los Arabes dejaron la libertad y la posesión del suelo á los vencidos; y aquellos misioneros armados de una nueva fe respetaron hasta las religiones rivales. Pero transcurren algunos siglos, y se ve que, en el mundo germánico, los vencedores y los vencidos se han fundido en una sola raza; ha desaparecido la servidumbre, y la unidad

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 116, nota.

(a) Entre la negación de Weil y la afirmación de todos los cronistas é historiadores desde la época del suceso hasta el día, tenemos derecho á no dar crédito al panegirista del islamismo. Que los Españoles, que defendían su territorio y su religión, fuesen implacables y en alguna ocasión sanguinarios, es verdad. Pero durante los siete siglos de continuada pelea dieron no menores muestras que los Árabes más cultos de generosidad y de hidalguía. No, no es cierto que los Árabes fuesen tan humanos y los Españoles tan feroces y tan salvajes. Después de la reconquista hubo de todo; es verdad que triunfó la intolerancia, y Roma fomentó el fanatismo; pero si hubo Dezas y Fonsecas, también hubo Talaveras y Mendozas, consejeros y modelos de tolerancia, de humanidad y de cristiana conducta y de acertada política.—(N. del T.)

(2) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, tomo II, p. 166.

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 57.

(2) GIBBON, c. 51.—VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, p. 82.

(3) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, página 215.

(a) ¿Y de qué procedería aquella orden? De los horrores cometidos por los invasores. La guerra en España fué feroz. Las excepciones no hacen la regla.—(N. del T.)

(4) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes*, t. II, página 195, citando á FERRERAS.